

*CRITICA DE LIBROS*

*FUEGO DE MAYO.* OMAR LARA  
(Concepción, Cuadernos Atenea. Literatura, 1997)

JAIME VALDIVIESO B.

Luego de una docena de libros de poemas, algunas antologías personales y otras tantas traducciones de poetas rumanos, aparece este nuevo libro de Omar Lara, *Fuego de Mayo*, cuyo excelente título nos habla como en otros anteriores –*Argumento del día*, *El viajero imperfecto*, *Serpientes*– de la capacidad de descubrimiento y de sugerencia de sus poemas.

Lo primero que llama la atención en este poeta, “imperfectamente conocido” (parodiando uno de sus títulos), es una mezcla de simplicidad y complejidad con la que trastrueca la realidad y el pasado, logrando en el lector una especie de inquietante zozobra, de sorpresiva desorientación donde se confunden y superponen planos y espacios distantes en el espacio y el tiempo: mundo de símbolos y alegorías en que todo es vago y sorprendente: campo de Marte lírico, mezcla de artificio y naturalidad, de precisión y ambigüedad, universo lingüístico mágico y hechizante, auténtica creación literaria donde la realidad y la experiencia se transforman en invención, en imaginación poética.

El libro se divide en dos partes: ‘Cuaderno de Soyda’ y ‘Fuego de Mayo’. En el primero, evocación del amigo, símbolo de la amistad y de un yo que se esfumó; en el segundo la Madre y la infancia irrecuperable; el Fuego convertido en cenizas y a la vez Fuegos cruzados de imágenes y de símbolos intercambiables: todas las ciudades son una, todos los ríos son los mismos, aquí y allá la violencia y la astucia con sus máscaras son una sola: en Chile y en Rumania.

Ambas partes comienzan con una carencia, una pérdida, una nostalgia:

Me escriben de Portocaliu:  
Soyda, mi amigo, casi  
mi hermano; Soyda, ya no está.  
La última vez que lo vieron, me cuentan,  
era en la tarde, a la hora en que Soyda  
solía sentarse frente a la mar,  
de cara al horizonte rojizo, cuando el aire  
empezaba a hacerse frío y en la playa solitaria  
aparecían esas huellas caprichosas y misteriosas  
que él se empeñaba en descifrar.

Ya se encuentra rayada la cancha: estamos frente a una poesía como ante una pintura no figurativa, en que la sugerencia, lo no visto es más poderoso que la concreción: debemos someternos a esta legislación donde el hablante lírico nos lleva a un mundo evanescente, imprevisible y crespuscular, donde la memoria ordena autoritaria y caprichosamente sus cartas:

De pronto estuvo ahí  
guardada en un horrible abrigo color rata  
apareció otro día  
con traje y aletas de mujer-rana  
rompí la goma rabiosamente  
a la altura de un seno  
lo besé estaba frío  
como pude la fui desnudando  
una maraña densa la defendía  
me pregunté no estará muerta  
“te engañas” me dijo  
“estoy viva y soy bella”...

En Fuego II el eje ordenador es la madre y el hijo que ya no es, el niño y los símbolos de su niñez irrecuperable: un pasado que se inventa y que es parte de la identidad porque

Pasaban entre tanto  
miles y miles de años,  
generaciones pasaban,  
pasé yo.

Pensamos que este es el libro de plena madurez de Omar Lara. En él afina su mundo imaginario y verbal como la punta de un alfiler: todo el sur, todo el exilio, la imagen de la mujer y la amistad se confunden en una unidad compacta y autónoma. En Omar el pretérito punza y el recuerdo es lacerante, pero como algo inevitable y que enriquece el presente con una dimensión distinta pero igualmente real.

Al terminar *Fuego de Mayo* tenemos la sensación de que en esos poemas y en la vida siempre hay algo incompleto, algo que se nos escapa, algo que vive a nuestro lado y no vemos: el eterno misterio de la vida y de la realidad:

Si el aire nos juntara  
si el aliento de dos  
fingiera un ser  
aparte  
nuevo  
extraño  
si por lo menos una huella hubiera  
de un fuego que apagándose  
se consume a sí mismo...

No cabe duda que con este libro Omar Lara se sitúa entre los dos o tres mejores poetas de su generación.